

# Lenin y *Kairós*

*Lenin & Kairós*

**Roland Anrup**

*Mid Sweden University*

### Resumen

El propósito de la investigación es examinar los escritos de Lenin y mostrar cómo su discurso en la práctica dio forma a un concepto de coyuntura que significó una revolución teórica. En la interpretación de Lenin de las cambiantes coyunturas de las revoluciones rusas de 1917 el *cronos* se convierte en *kairós*, el principio de contingencia y oportunidad. Su análisis concreto sigue los desplazamientos de las fuerzas sociales y políticas en el proceso revolucionario. Es la situación particular la razón y la tarea para él. Es la coyuntura la que le presenta la cuestión específica que debe ser resuelta.

Palabras clave: Lenin, marxismo, teleología, coyuntura, *kairós*.

### Abstract

*Lenin's interpretation of the conjunctures of the Russian revolutions 1917 exemplifies the concept of Kairós, the principle of contingency and opportunity. He follows the shifts of social and political forces in the revolutionary process by means of an analysis which generates an ability to discern and distinguish the conjunctures that succeeded each other. Lenin aims to differentiate phases that develop unevenly and do not follow a linear progression. This article addresses those aspects of his discourse which led to a break with the teleological ideas of the social democratic movement and in practical form shaped a concept of conjuncture.*

*Keywords: Lenin, Marxism, teleology, conjuncture, Kairos.*

«Kairós, es decir, el momento breve y decisivo que marca un giro en la vida de los seres humanos o en el desarrollo del universo. Este concepto se ilustró con la figura vulgarmente conocida como Oportunidad [...] un hombre (originalmente desnudo) en movimiento fugaz, generalmente joven [...] dotado de alas tanto en los hombros como en los talones. Sus atributos eran un par de platillos de balanza, originalmente en equilibrio sobre el filo de una navaja de afeitar».

Erwin Panofsky, *Studies in Iconology*

## Introducción

Este texto aborda algunos aspectos de la estrategia política de Lenin que condujeron a una ruptura en la práctica con las ideas que prevalecían en el seno del movimiento socialdemócrata. Vamos a examinar los escritos de Lenin para mostrar cómo su discurso en la práctica daba forma a un concepto de coyuntura. Bajo palabras como «situación», «momento», «posición», «constelación» y «punto de inflexión» podemos encontrar el concepto de coyuntura. Al analizar los diferentes aspectos de una situación dada en función de las peculiaridades concretas de uno u otro conjunto de condiciones políticas Lenin prestaba atención a sus interdependencias y a su articulación en una situación contemporánea, un contexto estructural específico, una coyuntura.

En la práctica discursiva de Lenin estudiaremos los enunciados y conceptos que se ponen en juego y las opciones estratégicas que se toman. En este sentido, se trata de un análisis «arqueológico». Michel Foucault subraya que el método arqueológico no se limita a la historia del *epistém*: «Lo que la arqueología trata de describir, no es la ciencia en su estructura específica, sino el dominio, muy diferente, del saber». En tal análisis:

«[...] no se trataría de rememorar la biografía general y ejemplar del hombre revolucionario, o de encontrar el enraizamiento de su proyecto, sino de mostrar cómo se han formado una práctica discursiva y un saber revolucionario que se involucran en comportamientos y estrategias que dan lugar a una teoría de la sociedad y que operan la interferencia y la mutua transformación de los unos y de los otros».

Tomando como punto de partida la disertación de Foucault *Histoire de la Folie*, Louis Althusser desarrolló un método de análisis relativo a las condiciones de lo visible y lo invisible en el campo conceptual y teórico, que aplicó a su lectura de Marx. Tal lectura de los escritos de Lenin puede revelar cómo rompe con el marxismo teleológico, incluso si esta ruptura no toma una forma totalmente explícita y teorizada en su presentación. Lenin se expresa de manera más convincente a través del análisis de lo que es el objeto concreto de su pensamiento que a través de las afirmaciones puramente filosóficas que pueden encontrarse en sus escritos. Su reflexión existe en el marco de una problemática filosófica limitada. No es en la polémica filosófica del *Materialismo y el Empiriocrítico* donde encontramos al Lenin innovador. En ese libro de 1908, y en sus cuadernos de apuntes de sus lecturas de varios filósofos, durante los años 1914 y 1915, Lenin busca argumentos contra el neokantianismo. Los cuadernos, nunca pensados para publicación, han sido objeto de una sobrevaloración por parte de algunas corrientes que allí han creído encontrar comprobaciones de sus propias interpretaciones hegelianas del marxismo. El error de quienes reconocen en la filosofía de Hegel, en su esquema formal para el movimiento del todo como tal, es decir, la Historia y su desarrollo, el impulso revolucionario del método dialéctico es no poder resolver la

difícil tarea de una confrontación directa con la historia real, es decir, con las condiciones concretas y específicas de coyunturas sobredeterminadas<sup>[1]</sup>.

El objeto del análisis de Lenin no son las leyes generales de la historia, sino la formulación y determinación de un problema concreto para la práctica política. Es la situación particular la razón y la tarea para él, es esta coyuntura la que le presenta la cuestión específica que debe ser resuelta. El análisis de la coyuntura le presenta la cuestión específica que debe ser resuelta. La teoría toma su forma final en relación con la actividad política. El objeto de su análisis no es, entonces, las leyes generales de la historia sino la formulación y determinación de un problema concreto para la práctica política. Así se diluye la frontera tradicional entre análisis y acción: se convierte el objeto de la teoría en el acto que determina objetivos políticos específicos.

En su práctica política, aunque no de forma explícitamente filosófica, efectúa una ruptura con las ideas teleológicas que caracterizaron tanto a la variante reformista como a la supuestamente revolucionaria de la II Internacional y que, tras la muerte de Lenin, también llegó a dominar la III Internacional. Antonio Gramsci vio este aspecto del pensamiento de Lenin y, a diferencia de él, no dudó en señalar la ruptura que implicaba no solo con la II Internacional sino también con Marx. En palabras de Gramsci, había «incrustaciones positivistas y naturalistas» en el pensamiento de Marx que dieron lugar a la noción de leyes objetivas para el desarrollo histórico<sup>[2]</sup>. Fiel a lo que sigue percibiendo como el espíritu vital del marxismo, Gramsci rompe con las nociones

teleológicas, deterministas y que habían ganado terreno en la Segunda Internacional. En un texto, «La revolución contra *El Capital*», escrito en las semanas posteriores a la Revolución de Octubre, Gramsci sostiene, con cierta ironía, que:

«En Rusia, *El Capital* de Marx era el libro de la burguesía, más que del proletariado. Era la prueba crucial necesaria para demostrar que, en Rusia, tenía que haber una burguesía, tenía que haber una era capitalista, tenía que haber una progresión al estilo occidental, antes de que el proletariado pudiera siquiera pensar en hacer un retorno, e sus reivindicaciones de clase, en la revolución. [...] Los bolcheviques reniegan de Karl Marx y afirman, a través de su clara declaración de acción, a través de lo que han logrado, que las leyes del materialismo histórico no están tan grabadas en piedra, como uno puede pensar, o uno puede haber pensado anteriormente».

Ya a finales de julio de 1917 Gramsci escribió un artículo en *Il Grido del Popolo* en el cual expresó sus opiniones sobre Lenin y los bolcheviques: «Son revolucionarios no evolucionistas. Y el pensamiento revolucionario niega que el tiempo sea factor de progreso»<sup>[3]</sup>. En los *Cuadernos de prisión* de Gramsci, el Príncipe de Maquiavelo representa al partido leninista<sup>[4]</sup>. Louis Althusser se refiere a Gramsci como «el Maquiavelo de los tiempos modernos» y argumenta que «lee a Lenin a través de Maquiavelo, al igual que lee a Maquiavelo a través de Lenin»<sup>[5]</sup>. La obra de Maquiavelo *El Príncipe* es un ejemplo paradigmático de cómo, durante

1.- Sobre el concepto de sobredeterminación ver Louis Althusser, *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1968, p. 180.

2.- Antonio Gramsci, «La rivoluzione contro il Capitale» en *Scritti politici*, vol. I, Roma, Ed. Riuniti, 1978, p. 130.

3.- Antonio Gramsci, «I massimalisti russi», en *Il Grido del Popolo*, 28 de julio de 1917, en *Scritti politici*, p. 116.

4.- Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, Torino, Einaudi Editore, 1975, pp. 951-3.

5.- Louis Althusser, *Lettres à Franca (1961-1973)*, Paris, Éditions Stock/IMEC, 1998, p. 624.

el período moderno temprano, era común referirse al azar, la contingencia, la posibilidad, personificada como *Fortuna*, como forma de explicar los acontecimientos históricos. Para Maquiavelo, todo depende de si se produce y cómo se produce un encuentro fructífero entre *fortuna* y *virtù*, en el que *la virtù*, entendida aquí como capacidad y arte de carácter político, transforma la posibilidad del momento, su fortuna, en algo más duradero que pueda constituir la base de un Estado.

En términos de Lenin, esto se refiere a cuando se dan las condiciones objetivas y subjetivas para la revolución. Lenin ha sido llamado acertadamente «el Maquiavelo rojo» y descrito como «el marxista maquiavélico» que exhibe el tipo de cualidades que Maquiavelo denomina *virtù* y que considera necesarias en política: determinación en relación con las circunstancias, consideración de las consecuencias de los diversos cursos de acción y, por último, acción rápida. China Miéville lo expresa sucintamente: «No es que Lenin nunca cometa errores. Tiene, sin embargo, un sentido agudamente desarrollado de cuándo y dónde presionar, cómo y con qué fuerza»<sup>[6]</sup>. Como señaló Paul Tillich, que recuperó el concepto griego de *kairós* en el siglo XX y lo generalizó para aplicarlo a la interpretación de la historia, hay individuos y movimientos que tratan de identificar la oportunidad en alguna coyuntura crucial y la aprovechan en forma de acción transformadora emprendida en nombre de un ideal.

*Kairós* es el principio de contingencia y oportunidad que da forma al discurso de Lenin. *Kairós* designaba en la *Ilíada*, el golpe mortal estratégicamente dirigido. Más tarde, la expresión fue adoptada por los retóricos para definir el pronunciamiento apro-

piado y exacto del remate de una oración, y por los primeros escritores cristianos como «el tiempo del ahora», como tiempo urgente y mesiánico. *Kairós* tiene múltiples asociaciones con crisis, excepción, emergencia, urgencia, potencialidad inaugural, disyunción temporal. El término *kairós* apunta a un tiempo cualitativo, a un momento en el que sucede algo que solo puede suceder en ese momento concreto, por tanto, a un tiempo que marca una oportunidad que puede no repetirse. Su significado depende de una posición temporal especial, de un lugar en las secuencias e intersecciones de los acontecimientos. *Kairós* representa un principio de contingencia que hace necesario un ajuste continuo al momento presente en lugar de repetir las categorías de la tradición. *Kairós* cuestiona la idea de que la tradición o la teoría puedan dar respuestas o soluciones universales a todos los problemas. El concepto de *eukairós* se refiere a la capacidad de aprovechar la oportunidad en una situación compleja y dinámica, en la que el contexto y lo que está en juego cambian constantemente. Requiere un hábil análisis del momento histórico, *kairós*, y la identificación de los factores decisivos que pueden conducir a un resultado exitoso o a un fracaso. Son momentos de gran presión e incertidumbre, en los que un problema exige una respuesta oportuna y eficaz. *Kairós* es un concepto que subraya la importancia de adaptarse a las circunstancias cambiantes de la historia. Significa que no hay una forma fija o predeterminada de entender o actuar en el mundo, sino una necesidad constante de responder a las condiciones específicas de cada situación.

En el discurso de Lenin, en particular en su interpretación de las coyunturas cambiantes y sus acciones como líder del movimiento bolchevique, *cronos*, el tiempo lineal y cuantificable, se convierte en *kairós*, el momento breve y decisivo que marca un

6.- China Miéville, *October: The Story of the Russian Revolution*, London, Verso, 2017, p. 13.

punto de inflexión. *Kairós*, o más exactamente *eukairós*, suele entenderse como el «momento adecuado» para hablar y actuar, el momento oportuno o propicio para hacer algo. En el *Fedro* de Platón, Sócrates habla del concepto de *kairós* como una cuestión de ser capaz de «discernir con solo una mirada rápida el momento en que es preciso [...] distinguir las ocasiones en que hay que hablar o abstenerse de hacerlo»<sup>[7]</sup>. Aunque *kairós* se refiere al juicio sobre el momento apropiado para hablar y actuar, dicho juicio «no crea el ‘cuándo’ por sí mismo»<sup>[8]</sup>. *Kairós* tiene una dimensión ontológica y objetiva. A partir de datos hay que emitir un juicio sobre su importancia para la realización de un objetivo concreto y sobre la «madurez del momento». *Kairós* requiere una retórica y un tipo lenguaje que sirva un pensamiento creativo y flexible que pueda improvisar según las exigencias del momento presente.

Analizando el artículo de Lenin «A propósito de las consignas», Jean-Jacques Lecercle afirma que proporciona la base de una filosofía marxista del lenguaje. Sea que podamos llegar tan lejos o no, su análisis del artículo de Lenin es pertinente. Lecercle capta lo que es central en el método de Lenin: que la verdad es concreta y que el papel de los revolucionarios es intervenir porque el resultado de cualquier situación dada es más o menos una cuestión abierta. Lenin emplea «un concepto de significado, como vinculado a la coyuntura en la que se produce el enunciado: el significado es el resultado de [...] la lucha política». No hay reglas fijas, éstas deben reevaluarse con cada nueva coyuntura. En consecuencia, lo que se dice no es una mera descripción, sino una intervención en el estado de las cosas. «Lo que se sugiere aquí

es un concepto político del discurso —del discurso como intervención».

El lenguaje político está compuesto de términos complejos con capacidad de significar tanto las ideas como la acción política. La emergencia y transformación de estos términos en una coyuntura política e ideológica determinada definen su uso. La forma en la cual los conceptos son utilizados por diferentes actores históricos para definir los problemas fundamentales sociales producen el efecto de abrir o cerrar espacios de acción política. Los conceptos influyen en la definición de un horizonte de expectativa, estableciendo los límites y convirtiéndose en objeto de disputa en momentos de crisis o de cambios acelerados, radicales o revolucionarios. El lenguaje no solo registra, sino que también configura las continuidades estructurales y los cambios revolucionarios en la vida social y política<sup>[9]</sup>. Los conceptos, aunque captan contenidos políticos y sociales, no son solo indicadores epistémicos; también, son factores y elementos activos de un determinado contexto. Lejos de ser un registro pasivo de las características estructurales de la vida social y política, los conceptos juegan un papel activo, ya que alrededor de estos se articulan relaciones de poder que dirigen el accionar político y su retórica. En este sentido, los conceptos emergen para dar significado a determinados hechos sociales, pero al mismo tiempo funcionan como catalizadores de la acción política, abriendo o cerrando posibilidades para que esta tome forma y tenga efecto. El lenguaje político no es un ejercicio meramente discursivo, sino que sirve al proceso de formación y enunciación de sujetos que dirigen la acción en la esfera política. Ciertamente el concepto «agavilla la multiplicidad de la experiencia

7.– Platón, *Fedro*, 271d-272b, aquí citado de la traducción de Patricio Azcárate de *Fedro* en Platón, *El Banquete. Fedro*, Barcelona, Oceano, 2001, p. 179.

8.– John E. Smith, «Time and Qualitative Time.», *The R view of Metaphysics*, 40, 3-16, 1986, p. 13.

9.– Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft: Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1979, pp. 349-375.



histórica y toda una suma de referencias objetivas teóricas y prácticas, estableciendo entre ellos una conexión que solo por el concepto se da y solo por el concepto se experimenta realmente». El concepto de coyuntura de Lenin hace precisamente esto.

### Teleología y totalidad

Cuando Lenin emergió como líder socialdemócrata a principios del siglo XX, el movimiento estaba atravesando una crisis a la que Karl Kautsky, Rosa Luxemburg, Eduard Bernstein y Georges Sorel intentaron dar diferentes respuestas, que iban desde la ortodoxia hasta el revisionismo y el sindicalismo revolucionario<sup>[10]</sup>. Lenin se distanció tanto de la visión evolucionista de la II Internacional como de la visión apocalíptica de Luxemburg, que según él representaba una simplificación de las circunstancias en las que se desarrolló la lucha de clases. Lenin parecía inicialmente ortodoxo, pero en la práctica demostró ser heterodoxo, cuestionando gradualmente las doctrinas dogmáticas que reducían las posiciones políticas a los efectos de la condición de clase en el plano económico. En la práctica política de Lenin encontramos una crítica implícita de las perspectivas teleológicas.

El marxismo teleológico fue en gran medida una tradición inventada a finales del siglo XIX. Kautsky defendió las «leyes dialécticas» en la interpretación de Engels y, por tanto, también la proposición sobre el determinismo histórico del socialismo<sup>[11]</sup>. Esta tesis histórico-filosófica tiene la con-

secuencia de desviar la atención de la necesidad de construir un proyecto político para una lucha que no tiene un resultado predeterminado. Esta idea pertenece a una visión del tiempo que disuelve la lucha política en un evolucionismo histórico. La llamada corriente ortodoxa dirigida por Karl Kautsky y Franz Mehring, estos «marxistas puros», cayeron en el determinismo económico. Defendían el «marxismo» mediante una adhesión dogmática a ciertas formulaciones de Marx sobre la relación entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción, entre la economía y la política, y entre el desarrollo industrial y la agencia del proletariado. En un famoso capítulo de *El Capital*, en la sección que Marx llama «La tendencia histórica de la acumulación capitalista», encontramos las siguientes palabras: «... con ella crece también la rebelión de la clase obrera, una clase siempre creciente en número, y disciplinada, unida, organizada por el propio mecanismo del proceso de producción capitalista»<sup>[12]</sup>.

Es precisamente esta concepción mecánica del efecto político del modo de producción industrial capitalista lo que representa para Lenin un motivo de seria consideración: es necesario oponerse a una simplificación de la política que reduce la compleja dialéctica coyuntural de la conciencia proletaria al efecto inmediato del proceso productivo y social. En su obra *¿Qué hacer?* prescribe, según Jacques Derrida, «una revolución en el concepto de revolución»<sup>[13]</sup>. Ciertamente, en la obra de Lenin hay una ruptura con la concepción sobre la conciencia política como algo intrínseco a la existencia del proletariado como clase. Por esta razón sostiene que la consciencia revolucionaria requiere romper con las formas

10.- Sobre la influencia de Kautsky en el pensamiento del joven Lenin ver Lars T. Lih, *Lenin Rediscovered. What Is to Be Done? in Context*, Leiden, Brill Academic Press, 2006, pp. 74-101 y todo el segundo capítulo del libro.

11.- Una crítica de estos aspectos del pensamiento de los teóricos de la Segunda Internacional se encuentra en Lucio Colletti, *From Rousseau to Lenin: Studies in Ideology and Society*, London, NLB, 1972, pp. 43-108.

12.- Karl Marx, *Capital*, Vol. 1, Ch. 32, Moscow, Progress, 1970 [1867].

13.- J. Derrida, «Penser ce qui vient», pp. 91-110.



Líderes de la Segunda Internacional en el VIº Congreso; entre ellos Rosa Luxemburgo, Karl Kautsky y Gueorgui Plejánov. Ámsterdam, 1904 (wikipedia.org).

espontáneas de conciencia. Estos planteamientos anticipan una observación importante que Walter Benjamin formuló en una de sus tesis histórico-filosóficas:

«El conformismo, que desde el principio se encontró a gusto en la socialdemocracia, no afecta solo a sus tácticas políticas, sino también a sus ideas económicas. Esta es una de las razones de su colapso ulterior. No hay otra cosa que haya corrompido más a la clase trabajadora alemana que la idea de que ella nada con la corriente. El desarrollo técnico era para ella el declive de la corriente con la que creía estar nadando. De allí no había más que un paso a la ilusión de que el trabajo en las fábricas, que se sería propio de la marcha del progreso técnico, constituye de por sí una acción política»<sup>[14]</sup>.

En la interpretación simplificada que prevaleció entre los marxistas de la II Internacional, la concepción de la historia se caracteriza por una única contradicción

fundamental entre el trabajo y el capital determinada en el plano económico y reflejada en los planos político e ideológico de la formación social. Esta simplificación de los antagonismos y contradicciones sociales conduce a un reduccionismo que priva a las relaciones político-ideológicas de su eficacia real. Lenin se libera del marxismo dogmático, de una ortodoxia marxista caracterizada por una teleología economicista.

Veamos más de cerca lo que llamo teleología. El evolucionismo es un componente de la teleología y el esencialismo es otro. Por lo tanto, las teleologías postulan un proceso de progreso que forma una secuencia predeterminada de tipos sociales. Postulan una serie de tales formas sociales que forman totalidades, cada una con su propio núcleo particular, o esencia, y las ordenan en relación con las demás. En el marxismo teleológico, es la base económica la que constituye este núcleo a partir del cual pueden ordenarse y jerarquizarse otras formas sociales. Cada forma social se considera una realización o una expresión de un principio interno específico que es su núcleo. Se supone que estos enteros sociales

14.- Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia*, Bogotá, Desde Abajo, 2010, pp. 25-26.

se suceden en un orden temporal específico, y sus partes se consideran expresiones de una esencia interior. Sin embargo, para el supuesto teleológico es crucial que las distintas formas sociales se consideren manifestaciones de su posición en el sistema, que no solo establece un orden temporal, sino también jerárquico. El principio jerárquico de la teleología se convierte en la causa del movimiento y el desarrollo dentro del sistema. Permite que la historia continúe como un proceso necesario, y su principio de jerarquización se convierte en un principio de movimiento, y su jerarquía de los fenómenos sociales rige también sus leyes de desarrollo. Los cambios sociales deben seguir un orden determinado, y ciertas formas sociales son superiores a otras. Así, el desarrollo de las fuerzas productivas determina las relaciones de producción, la base determina la superestructura y la economía determina la política.

A menudo se sugiere que el determinismo económico solo es decisivo «en última instancia» (*in letzter Instanz*), en referencia a la famosa formulación de Engels en una carta de 1890 a Joseph Bloch. Sin embargo, es precisamente esta «última instancia» la que en la práctica se convirtió en decisiva para las posiciones que adoptaron tanto la Segunda como la Tercera Internacional. Christine Buci-Glucksmann ha descrito el determinismo económico como un «*hégelianisme du pauvre*». En cambio, el marxista húngaro Tamás Krausz representa un hegelianismo marxista sofisticado. En una biografía intelectual titulada *Reconstructing Lenin* argumenta que: «Restituyó la conciencia teórica y metodológica marxista hegeliana, basada en la 'totalidad', al lugar que le correspondía». El gran libro de Krausz es un valioso aporte a los estudios sobre la trayectoria teórica y política Lenin. Sin embargo, el intento de atribuir a Lenin un concepto hegeliano de totalidad evidencia

la influencia del hegelianismo de izquierda de su compatriota György Lukács. Lukács desarrolla una crítica importante al positivismo y naturalismo de la II Internacional, pero su predicción de la aparición de una conciencia de clase revolucionaria se basa en última instancia en la inevitabilidad de una crisis económica capitalista en la cual el proletariado logra cumplir su misión histórica. El historicismo de Lukács conduce a una visión de la historia como un proceso teleológico en el que el sujeto histórico realiza su papel. El propio Lukács repudiaría más tarde este aspecto del libro, llamándolo «utopismo mesiánico». Un breve libro, *Lenin: la coherencia de su pensamiento*, que Lukács publicó inmediatamente después de la muerte de éste en 1924, representa ya una autocrítica en ciertos aspectos. Sin embargo, repite el *leitmotiv* del libro anterior, es decir, la categoría de totalidad hegeliana.

El concepto de Lenin de una totalidad compuesta no debe confundirse con la totalidad teleológica hegeliana con su inmanencia y principio interno, cuyo movimiento y automanifestación es la esencia que subyace a la multitud de sus fenómenos. En la totalidad así entendida todas sus partes expresan a las demás porque cada una en sí contiene la esencia de la totalidad. Así, en la concepción hegeliana de la totalidad, es el desarrollo de la Idea lo que se expresa en todas sus partes y la define a ella y a sus transformaciones. Como ha señalado el teórico francés de la ciencia, Dominique Lecourt, hay que buscar en vano un pasaje de Lenin en el que asuma para sí lo que constituye el alma de la teleología hegeliana: «la negación de la negación»<sup>15</sup>. Lenin no vio la dialéctica como una colección de

15.- Dominique Lecourt, «Lenin/Hegel/Marx», *Theoretical Practice*, 7/8, 1973, p. 22. Robert Mayer ha señalado que Aristóteles era una influencia más importante que Hegel en el pensamiento de Lenin. «Lenin and The Practice of Dialectical Thinking», *Science and Society*, 63/1, primavera de 1999, pp. 40-62.



leyes y principios generales. Al contrario, la vio como una crítica a las abstracciones y le sirvió como un estímulo para su pensamiento político flexible<sup>[16]</sup>. En *Qué son los 'Amigos del Pueblo' y cómo luchan contra los socialdemócratas* de 1894, dice en una polémica irónica contra un representante de los «Amigos del pueblo»:

«¡De modo que los materialistas se apoyan en la 'ineluctabilidad' del proceso dialéctico! Esto es, basan sus teorías sociológicas en las triadas de Hegel. Estamos ante la acusación estereotipada de que el marxismo acepta la dialéctica hegeliana, acusación que parecía ya bastante manida por los críticos burgueses de Marx. Incapaces de oponer algo sustancial a la doctrina, aquellos señores se aferraban a la manera de expresarse de Marx».

Lenin critica duramente las perspectivas esencialistas y teleológicas que no pueden proporcionar las herramientas conceptuales para analizar concretamente las coyunturas en las que el partido debe saber cómo intervenir. La idea de la necesidad objetiva del desarrollo histórico llevó a la socialdemocracia rusa a entender que primero debía producirse una revolución burguesa, cuyas conquistas tendrían que estabilizarse antes de que fuera posible pasar a la siguiente etapa. Como veremos, es esta teoría evolutiva de las etapas la que Lenin cuestionaría. La idea de la necesidad objetiva del desarrollo histórico llevó a la socialdemocracia rusa a entender que primero debía producirse una revolución burguesa, cuyas conquistas tendrían que estabilizarse antes de que fuera posible pasar a la siguiente etapa. Ya en su obra de 1894, *El contenido económico del narodismo y su crítica en el libro del*

16.- Christopher Read, *Lenin: A Revolutionary Life*, Londres, Routledge, 2005, pp. 127-128; Krausz, *Reconstructing Lenin*, pp. 150-151.

*Sr. Struve*, escribe contra el esencialismo y el evolucionismo:

«El objetivista habla de la necesidad de un proceso histórico dado; el materialista hace constar con precisión que existen la formación socioeconómica dada y las relaciones antagónicas engendradas por ella. Al demostrar la necesidad de una serie dada de hechos, el objetivista siempre corre el riesgo de convertirse en un apologista de estos hechos; el materialista pone en desnudo las contradicciones de clase y, al proceder así, fija ya su posición. El objetivista habla de 'tendencias históricas insuperables'; el materialista habla de la clase que 'dirige' el régimen económico dado, creando determinadas formas de reacción de otras clases».

## Evolucionismo y esencialismo

Durante la primera década del siglo XX, Lenin desarrolló gradualmente un enfoque que situaba las perspectivas revolucionarias dentro de la duración y complejidad de las diferentes coyunturas. El método de la dialéctica le sirvió como crítica de la razón abstracta, para extraer lecciones prácticas del campo de la política, y como una visión, dirigida contra el determinismo. De este modo, desarrolló un análisis de situaciones concretas, una estrategia que incorporaba diversas formas de lucha política. Todo economicismo y evolucionismo reduce el análisis a una operación formal que sólo puede conducir a una pseudo-táctica incapaz de servir a una perspectiva estratégica. Así se crea un vacío devastador entre la determinación teórica de las fuerzas sociales y el análisis concreto de sus relaciones cambiantes y movedizas. En una carta del 16 de diciembre 1909 al historiador A.I.I. Skvortsov-Stepanov escribe:

«Al luchar contra el populismo como falsa

doctrina del socialismo, los mencheviques se pasaron por alto de una manera doctrinaria, sin advertirlo, el contenido histórico real e históricamente progresista del populismo como teoría de la lucha pequeñoburguesa de masas del capitalismo democrático contra el capitalismo liberal terrateniente [...]. De ahí su idea monstruosa, idiota y apóstata de que el movimiento campesino es reaccionario, de que un demócrata constitucionalista es más progresista que un trudovique, de que 'la dictadura del proletariado y el campesinado' está en contradicción 'con toda la marcha del desarrollo económico'. Está en contradicción con toda la marcha del desarrollo económico: ¿acaso no es esto una cosa reaccionaria?».

Según el marxista ruso, G.V. Plejánov, el proletariado en la revolución democrático-burguesa no debería tener ninguna tarea de clase especial separada de las de la burguesía, sino que debería apoyar a la burguesía, impulsarla y formar un bloque con ella. Plejánov consideraba, como él decía, que aún no había suficiente levadura proletaria en la masa del campesinado para hacer un pastel socialista. Se oponía a las tácticas y consignas utilizadas por los bolcheviques, pues creía que alejarían a la burguesía y perturbarían el frente de unidad con ella. Considerado como el fundador del marxismo ruso, Plejánov fue uno de los principales representantes de la Socialdemocracia Internacional desde mediados de la década de 1890. En esa época influyó notablemente en la formación filosófica de Lenin a través de su obra *El desarrollo de la concepción monista de la historia*, publicada en 1895. Sin embargo, desde principios de la década de 1900, sus caminos se separaron políticamente, aunque las críticas de Plejánov a los neokantianos siguieron resonando en las posiciones epistemológicas de Lenin, como todavía resulta evidente en su *Materialismo*

y *empiriocriticismo* de 1908. Sin embargo, en el Prefacio a la segunda edición de su *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, publicado ese mismo año, la ruptura entre Lenin y Plejánov es ya clara también en términos teóricos:

«[...] el método inverso de razonar, que observamos no pocas veces entre los socialdemócratas del ala derecha, encabezados por Plejánov, es decir, la aspiración de hallar respuestas a las cuestiones concretas en el simple desarrollo lógico de la máxima general sobre el carácter fundamental de nuestra revolución es un envilecimiento del marxismo y una mera burla del materialismo dialéctico. De gentes semejantes, quienes, por ejemplo, sacan la conclusión del papel dirigente de la «burguesía» en la revolución o de la necesidad de que los socialistas apoyen a los liberales, partiendo de la verdad general relativa al carácter de esta revolución, de gentes así, Marx repetiría probablemente la cita de Heine mencionada ya por él en otra ocasión: 'Sembré dragones y he cosechado pulgas'».

Ya durante el primer encuentro en 1895 entre Lenin y Plejánov se había notado las diferencias políticas entre los dos. Plejánov criticó lo que ha leído de Lenin diciendo: «Nosotros mostramos la cara a los liberales, vosotros les mostráis la espalda». Lenin había criticado «este trivial liberalismo filisteo que saca 'impresiones alentadoras' de las tendencias progresivas de la hacienda rural, olvidando que las acompaña (y las condiciona) la expropiación en masa de los campesinos». En cambio, Plejánov consideraba la alianza con los liberales indispensable en la «etapa burgués-democrática» del desarrollo histórico.

La ruptura de Lenin con el marxismo teleológico y el determinismo económico que caracterizaban a Plejánov se hizo evi-

dente en relación con sus diferentes posiciones respecto a la guerra de 1914-1918. Lenin defendió una posición defeatista que implicaba la esperanza de una derrota para el zarismo. En su análisis de la coyuntura se centraba en lo que podría favorecer un desarrollo revolucionario. Él definió el gobierno de cada país beligerante como el enemigo de su propio pueblo e invita a convertir la guerra en guerra civil. Lenin consideraba que: «El liberalismo ruso ha degenerado en nacional-liberalismo. Rivaliza en ‘patriotismo’ con las centurias negras, vota siempre de buen grado por el militarismo».<sup>[17]</sup> En cambio, Plejánov apoyó la colaboración entre las clases en el esfuerzo bélico ruso argumentando que la victoria de Alemania sobre Rusia conduciría a la esclavitud económica de Rusia y retrasaría el desarrollo del capitalismo en Rusia. Consideraba que al proletariado le interesa el desarrollo del capitalismo en su propio país, pues sólo así puede acercarse el socialismo. Por lo tanto, el proletariado ruso debe defender a la Rusia zarista en la guerra. En junio de 1915, Lenin caracterizó, en su texto «La bancarrota de la II Internacional», los puntos de vista de Plejánov:

«Otra teoría ‘marxista’ del socialchovinismo: el socialismo se basa en el rápido desarrollo del capitalismo; el triunfo de mi país acelerará el desarrollo del capitalismo en él y, por consiguiente, el advenimiento del socialismo; la derrota de mi país frenará su desarrollo económico y, por consiguiente, el advenimiento del socialismo».

Ya varios años antes del estallido de la guerra, Lenin criticaba la postura que adoptaron algunas partes de la socialdemocracia internacional respecto a la cuestión colonial. El marxismo teleológico de la II

Internacional tendía al evolucionismo bajo el disfraz de la «misión civilizadora». Una posición que asumía August Bebel y que expresaba Eduard Bernstein en *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie* publicado en 1899 y en el cual incluso cuestionaba el derecho de «los salvajes» a las tierras que tenían en su posesión. En el Congreso de Stuttgart celebrado en agosto 1907 se formó una mayoría en la Comisión sobre la cuestión colonial y la siguiente frase apareció en el proyecto de resolución: «El Congreso no condena en principio toda política colonial que, bajo un régimen socialista, puede tener un efecto civilizador». Lenin consideraba qué en realidad, esta proposición equivalía a un retroceso directo hacia la política burguesa y hacia una concepción burguesa del mundo que justifica las guerras y las atrocidades coloniales. Por su parte, Karl Marx había denunciado las atrocidades y los intereses mezquinos del colonialismo inglés. Sin embargo, no se escapa al eurocentrismo y la teleología que había heredado de Hegel ya que su visión de progreso universal se basa en la industrialización del globo y en el triunfo de los valores europeos. Lenin ve el desarrollo histórico y las revoluciones como determinados por una multitud de circunstancias, algo que se evidencia en su firme postura contra el eurocentrismo hegeliano: «En Asia crece, se extiende y se fortalece en todas partes un poderoso movimiento. No hay en el mundo fuerza capaz de impedir su victoria, que libertará tanto a los pueblos de Europa como a los pueblos de Asia»<sup>[18]</sup>.

Otro ejemplo de la ruptura de Lenin con el eurocentrismo y con la teleología marxista se evidencia en su posición en cuanto a la cuestión nacional y los nacionalismos.

17.- «El socialismo y la guerra», OC 26, p. 350.

18.- «La Europa atrasada y el Asia avanzada», OC 26, pp. 176-177.





Clara Zetkin (tercera desde la izda), Friedrich Engels, Julie Bebel, August Bebel y otros, en Zúrich durante el Segundo Congreso de la Internacional Socialista, 1893 (World Socialist Web Site).

Lenin criticaba duramente la posición de ortodoxia marxista de Rosa Luxemburgo, Giorgio Piatokov y Nikolai Bukharin, quienes siguiendo las ideas de Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* pensaba que el nacionalismo ya había dejado de tener un papel importante<sup>[19]</sup>. En julio de 1916, escribía:

«[...] pensar que la revolución social es *concebible* sin insurrecciones de las naciones pequeñas en las colonias y en Europa, sin explosiones revolucionarias de una parte de la pequeña burguesía, con todos sus prejuicios, sin el movimiento de las masas proletarias y semiproletarias inconscientes contra la opresión terrateniente, clerical, monárquica, nacional, etc.; pensar así significa *abjurar de la revolución social*. [...] Quien espere la revolución social «pura», no la verá jamás. Será un revolucionario de palabra, que no comprende la verdadera revolución».

19.- T. Krausz, *Reconstructing Lenin*, pp. 162-175.

Para examinar cómo surgió la ruptura de Lenin con el marxismo teleológico, vemos uno de sus textos de la primera Revolución Rusa de 1905-1907, a saber, *El programa agrario de la socialdemocracia*. Es un sustancial tomo de 200 páginas, y uno de los más importantes libros de Lenin que, sin embargo, a menudo ha sido pasado por alto. En este texto, queda claro que Lenin, en buena medida, ha abandonado sus afirmaciones en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (escrito entre los años 1896 y 1899) basadas en unas estadísticas escogidas para apoyar una idea sobre el avance del capitalismo en el campo, y que tiene similitudes con *Die Agrarfrage* de Kautsky, un trabajo que Lenin reseñó en marzo 1899.<sup>[20]</sup> Lenin

20.- Esther Kingston-Mann considera en su *Lenin and the Problem of Marxist Peasant Revolution* (p. 185), que Lenin ya en 1902 se había alejado del determinismo del *Desarrollo del capitalismo en Rusia*. Ver también Roy D., Laird, «Lenin, Peasants and the Agrarian Reform», en Bernard W. Eissenstat (ed.), *Lenin and Leninism: State, Law and Society*, Lexington, Lexington Books, 1971, p. 175. Para una discusión del *Desarrollo del capitalismo en Rusia*, ver Robert



subraya la función del programa del partido como forma de representación de la teoría y estrategia. Para él, un programa de partido debe ser un resultado del análisis de la formación social concreta, una expresión de la estrategia desarrollada a partir de ella para orientar las posiciones políticas en relación con coyunturas específicas. Por lo tanto, el programa del partido debe revisarse constantemente en relación con el análisis de la coyuntura y las líneas políticas que de ella se derivan. De lo contrario, el programa deja de funcionar como representación de la línea del partido y se convierte en un manifiesto abstracto.

En *El programa agrario de la socialdemocracia en la Primera Revolución Rusa*, Lenin establece una distinción entre su propia posición y la de los mencheviques. Trata de demostrar que la problemática teórica de los mencheviques se caracteriza por el evolucionismo y el esencialismo, lo que conduce necesariamente a una concepción abstracta y mecánica. Según Lenin, los mencheviques no pueden lograr un análisis real de las coyunturas. La concepción evolucionista que caracteriza a los mencheviques implica que la revolución burguesa, y más tarde la revolución socialista, aparecerán debido a un movimiento gradual y constante a través de etapas históricas predeterminadas e inmutables. Para los mencheviques, determinar en qué etapa se encuentra este desarrollo es suficiente para establecer la línea general del partido. Las consecuencias políticas durante el período de la revolución democrático-burguesa, por lo tanto, conducen inevitablemente a que la socialdemocracia tenga que apoyar a la burguesía. Toda la dirección del partido menchevique estaba convencida de la necesidad de una revolución burguesa que condujera al pleno desarrollo capitalista

como etapa necesaria en el camino hacia el socialismo. En Lenin no actúa tal proceso teleológico o determinismo evolutivo. Ya en su *Dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado*, de 1905, escribía:

«Hace falta tener una noción verdaderamente escolar de la historia para imaginarse las cosas sin «saltos», como una línea recta que asciende con lentitud y regularidad: primero le toca la vez a la gran burguesía liberal (concesiones insignificantes de la autocracia), después a la pequeña burguesía revolucionaria (república democrática) y, finalmente, al proletariado (revolución socialista). [...] para trazarse al tenor de este cuadro el plan de la propia actividad en una época revolucionaria hace falta ser un virtuoso del filisteísmo».

Lenin caracteriza la línea de los mencheviques como un oportunismo, que en la política práctica conduce a alianzas con la burguesía liberal y, por tanto, indirectamente con sus aliados, la burocracia y los terratenientes.<sup>[21]</sup> Lenin sostiene que los mencheviques son, por tanto, incapaces de desarrollar una táctica concreta y correcta. En referencia a la Revolución Rusa de 1905-1907, escribía:

«Ningún país del mundo atraviesa ahora por una crisis revolucionaria tan profunda como Rusia, y en ningún otro país existen 'marxistas' que sean tan escépticos y filisteos en cuanto a la revolución. ¡Del hecho de que el contenido de la revolución sea burgués, en nuestro país se extrae la conclusión trivial de que la burguesía es el mo-

Service, *Lenin: A Political Life* vol I, pp. 65-73.

21.- Sobre las distintas visiones de los bolcheviques y los mencheviques sobre que alianzas se podía y debería formar en la lucha contra el zarismo, ver Donald W. Treadgold, *Lenin and his Rivals: The Struggle for Russia's Future 1898-1906*, Nueva York, Praeger, 1955, pp. 154-178.

tor de la revolución, de que las tareas del proletariado en la misma son auxiliares, no independientes, y de que es imposible que el proletariado dirija la revolución!»<sup>[22]</sup>.

Para Lenin la revolución rusa tiene que ser una *narodnaia revoliutsiia*, una revolución del pueblo con el proletariado como *vozhd*, líder de todos los elementos democráticos, es decir todos los grupos que aspiran a libertad política completa. Las fuerzas que actúan en el plano político, según el punto de vista de Lenin, representan intereses de clase en la lucha por el poder estatal, pero estos intereses no pueden leerse directamente desde el plano económico. La función de clase de las propuestas y acciones de las diferentes fuerzas y partidos políticos sólo puede entenderse desde y en la coyuntura específica de la que forman parte. Es este aspecto político el que, en su opinión, hace que el análisis de la coyuntura sea tan crucial.

Los análisis de Lenin en su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia* de 1899 o sus análisis durante e inmediatamente después de la primera Revolución Rusa de 1905 a 1907 no pueden aplicarse a las coyunturas revolucionarias posteriores durante 1917. Las circunstancias que determinaron las posiciones de las diferentes clases y partidos son una década después completamente diferentes que durante la primera Revolución Rusa. Lenin llegó a una conclusión similar ya en 1907 en la cambiante situación que prevalecía en relación con la coyuntura revolucionaria de 1905-1906:

«... debemos protestar resueltamente contra la idea de que mediante la aplicación de una de las consignas de una época histórica determinada se puede contribuir al resurgi-

miento de las condiciones esenciales de esa época. Una cosa es preservar las tradiciones de la revolución [...] otra cosa es repetir una consigna arrancada del conjunto de las condiciones que la engendraron y aseguraron su éxito, para aplicarla a unas condiciones esencialmente distintas»<sup>[23]</sup>.

Se necesita un análisis concreto de la coyuntura particular para poder establecer las consignas adecuadas. Utilizar el análisis de las coyunturas que se sucedieron durante los años 1905 a 1907 como «modelo» para el período revolucionario posterior y rápidamente cambiante de 1917 sólo conduciría a una estrategia política equivocada en una coyuntura nueva y cambiada. Durante un período revolucionario, los tiempos se desarrollan a un ritmo diferente. Como dice Lenin: «la guerra y la ruina económica lo acelerarán extraordinariamente. Con estos ‘aceleradores’ un mes y hasta una semana pueden equivaler a un año entero». Y en «Las enseñanzas de la revolución», escrito a finales de julio 1917, señala:

«Durante la revolución, millones y millones de hombres aprenden en una semana más que en un año de vida rutinaria y monótona. Pues en un brusco viraje de la vida de todo un pueblo se ve con especial claridad qué fines persiguen las diferentes clases sociales, de qué fuerzas disponen y con qué medios actúan»<sup>[24]</sup>.

El desarrollo revolucionario ruso de 1917 es precisamente un ejemplo paradigmático de tal fenómeno de aceleración del tiempo<sup>[25]</sup>. En palabras de Walter Benjamin: «La conciencia de hacer saltar el *continuum* de la historia es propia de las clases revo-

22.- «Prefacio a la traducción al ruso de las cartas de C. Marx a L. Kugelmann», OC 14, p. 400.

23.- «Contra el boicot», OC 16, p. 28.

24.- «Las enseñanzas de la revolución», OC 34, p. 58.

25.- Cf. R. Koselleck, *Vergangene Zukunft*, pp. 78-79.

lucionarias en el instante de su acción». «Saltar» tiene que entenderse aquí en la acepción de «romperse o quebrantarse violentamente una cosa». El original alemán dice «*das Kontinuum der Geschichte aufzusprenken*» que, tal vez, sería mejor traducir como «hacer estallar el *continuum* de la historia». La traducción del propio Benjamin a francés dice «*saper le temps homogène*». En un hermoso comentario Homi Bhabha señala: «A diferencia de la mano muerta de la historia que cuenta los abalorios del tiempo secuencial como un rosario, buscando establecer conexiones seriales, causales, ahora nos enfrentamos a lo que Walter Benjamin describe como la voladura de un momento monádico del curso homogéneo de la historia, estableciendo una concepción del presente como un ‘tiempo del ahora’»<sup>[26]</sup>. Bhabha recoge aquí el concepto benjaminiano de *Jetztzeit*, «el tiempo del ahora» que no se refiere simplemente a un equivalente de *Gegenwart*, es decir, el presente. Veremos que este «ahora» constituye el corazón del discurso revolucionario y de la práctica política de Lenin, pues se trata de un «ahora» que permea tanto el análisis de la coyuntura, el momento actual, como la determinación del «ahora», el momento decisivo de la acción revolucionaria. Al final del texto mostraremos cómo la práctica de Lenin hace estallar la concepción de un tiempo continuo y homogéneo.

El tiempo lineal y cuantificable, *cronos*, puede distinguirse del tiempo de *kairós*. *Cronos* suele considerarse absoluto, universal y objetivo, mientras que *kairós* se percibe como interpretativo, situacional y subjetivo. *Kairós* es relevante para la interpretación de la contingencia de los acontecimientos históricos, porque indica constelaciones preñadas de posibilidades que no existen

en circunstancias diferentes. Sensibiliza ante el carácter crítico de los momentos que exigen decisión y comprensión de un momento como distinto de otros, como culminación contingente de una serie de circunstancias y acontecimientos. Hay ciertos momentos críticos en los que la confluencia de circunstancias, la coyuntura, exige ingenio para aprehender cuándo es el momento oportuno, *eukairós*. Lo contrario es *kakakairós*, el momento equivocado para hablar y actuar. Así pues, se trata de captar la concreción aquí y ahora del *kairós* y de ser capaz de determinar, en una secuencia histórica de acontecimientos, los puntos de inflexión, los *kairoi*. Se trata de momentos de tensión y conflicto, un tiempo de crisis que implica que el curso de los acontecimientos plantea un problema que exige una decisión y una acción en ese preciso momento.

### Coyunturas y consignas

Para nuestro propósito, que es comprender el concepto de coyuntura de Lenin, es crucial reconocer que su análisis de la coyuntura es consistentemente una reflexión teórica con implicaciones políticas en el contexto del momento histórico específico. Esto generó un análisis agudo de los cambios que afectan las fuerzas sociales y políticas en un proceso revolucionario y una capacidad para discernir y distinguir las coyunturas que se sucedieron a lo largo de 1917. Vamos a examinar el análisis de Lenin de esas coyunturas rápidamente cambiantes y del establecimiento de la dualidad de poderes después de febrero durante la etapa inicial de la revolución. Los acontecimientos de febrero marcaron el primer punto de inflexión en 1917. Lenin consideraba la Revolución de Febrero como una amalgama única de contradicciones, surgida de combinaciones temporales y accidentales de diversas condiciones:

26.- Homi Bhabha, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994, p. 4.

«Si la revolución ha triunfado tan rápidamente y de una manera tan radical —en apariencia y a primera vista—, es únicamente porque, debido a una situación histórica original en extremo, se fundieron, con «unanimitad» notable, corrientes absolutamente diferentes, intereses de clase absolutamente heterogéneos, aspiraciones políticas y sociales absolutamente opuestas».

Sobre la base de la comprensión de esta estructura de heterogeneidad, Lenin construye una alternativa teórica y política a la línea hasta entonces predominante de las dos facciones del movimiento socialdemócrata ruso. A principios de abril, Lenin llegó a Petrogrado desde su exilio en Zürich. Al llegar a la capital rusa, presentó sus Tesis de Abril, en las que abogaba por «Todo el poder a los Soviets», es decir, todo el poder a los Consejos Obreros. Durante el verano, Lenin regresa a Finlandia tras la victoria temporal de la contrarrevolución y declara que la consigna «Todo el poder a los Soviets» ya no tiene validez en las nuevas circunstancias. Sin embargo, en otoño, la retoma, pero con un nuevo significado: el llamamiento a la insurrección. ¿Qué llevó a los cambios en las consideraciones de Lenin respecto a las tácticas que creía que debían adoptar los bolcheviques? ¿Cómo analizó Lenin las cambiantes coyunturas durante estos meses críticos?

En abril, Lenin formuló un proyecto de plataforma para los bolcheviques. En él, observaba que la característica sobresaliente de la revolución era la aparición de una dualidad de poderes, la coexistencia del Gobierno Provisional, al que Lenin se refería como la dictadura de la burguesía, y los consejos de obreros y soldados, que él veía como la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado. Para Lenin, no cabía duda de que tal situación de poder dual no podía durar mucho

tiempo. Solo expresaba una fase transitoria en el desarrollo de la revolución. Las lecciones de la primera revolución rusa de 1905-1907 (y el importante y decisivo papel desempeñado en ella por los consejos obreros) llevaron a que Lenin escribiera en 1915 lo siguiente:

«Los Soviets de Diputados Obreros y otras instituciones análogas deben ser considerados como órganos de la insurrección, como órganos del poder revolucionario. [...] El contenido social de la revolución que se avecina en Rusia solo puede ser la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado»<sup>[27]</sup>.

En su primera carta desde el exilio tras la Revolución de febrero de 1917, Lenin continúa la línea expresada aquí. Adopta el punto de vista opuesto a los que argumentaban que el «atraso» de Rusia significaba que la clase obrera rusa tenía que subordinarse por el momento a la dirección de la burguesía y esperar a las revoluciones proletarias en los países más «avanzados». Por el contrario, argumenta que: «Es natural que la crisis revolucionaria estallara antes que, *en otras partes* en la Rusia zarista, donde la desorganización era la más monstruosa y el proletariado el más revolucionario (no debido a sus cualidades singulares, sino a las tradiciones, aún vivas, del año 1905)». Contrariamente a la visión teleológica y evolucionista de los mencheviques, que esperaban y aguardaban el surgimiento del socialismo en otros lugares, principalmente en Alemania, Lenin destaca aquí al zarismo como el eslabón más débil del orden mundial de entonces y argumenta que no es el desarrollo económico ni la proporción de la clase obrera en la población lo decisivo para que se produzca un proceso revolucio-

27.- «Algunas Tesis», OC 27, p. 52.



nario, sino el grado de experiencia y conciencia revolucionarias del proletariado. En la séptima conferencia del POSD(b) en abril de 1917, al resumir la discusión sobre el momento actual señaló:

«El camarada Ríkov dice que el socialismo tiene que venir de otros países de industria más desarrollada. Esto no es cierto. No puede decirse quién comenzará ni quién acabará lo comenzado. Esto no es marxismo, sino una parodia del marxismo»<sup>[28]</sup>.

La ruptura con el marxismo teleológico de la II Internacional no podría ser más claro. Vemos aquí como Lenin en su análisis concreto de la coyuntura y de las posibilidades de una revolución socialista rompe totalmente con las concepciones que dominaban el marxismo de su tiempo. Nicos Poulantzas señala acertadamente que sin esta ruptura, Lenin se habría quedado en la interpretación economicista de Marx de la II Internacional, que es en última instancia una teoría economicista del eslabón más fuerte<sup>[29]</sup>.

A mediados de marzo 1917, Lev Kámenev y Josef Stalin habían llegado del exilio interno en Siberia y habían asumido la dirección de la organización del partido en la capital y de su periódico *Pravda*. Durante su exilio, Lenin se opuso firmemente a su postura «oportunista», ya que abogaban por un apoyo condicional al Gobierno Provisional. Su posición se basaba en la tradición marxista, al considerar que el Gobierno Provisional tenía un papel histórico vital, a saber, llevar a cabo la «revolución democrático-burguesa», que implicaba varias reformas económicas y constitucionales. Cuando Lenin llega a Petrogrado y presenta públi-

camente sus Tesis de abril, que calificaban al gobierno provisional de contrarrevolucionario y exigían su derrocamiento, crítica duramente esta línea. Una descripción dada por Nikolai Sujánov capta el efecto que las palabras de Lenin tuvieron en el público:

«Nunca olvidaré aquel discurso como un trueno, que me sobresaltó y asombró no sólo a mí, un hereje... sino a todos los verdaderos creyentes... Parecía como si todos los elementos se hubieran levantado de sus moradas, y los espíritus de la destrucción universal rondaran la sala de recepción de Kshesinskaya por encima de las cabezas de los discípulos hechizados».

La respuesta de Kámenev a las Tesis de Lenin fue, en plena consonancia con la tradición socialdemócrata, que la burguesía urbana y los campesinos ricos tenían una tarea histórica que cumplir, a saber, completar la «revolución democrático-burguesa». Cuando *Pravda* publicó finalmente las Tesis de abril, solo lo hizo en nombre de Lenin, acompañadas de una nota editorial escrita por Kámenev que marcaba una distancia entre el partido y su líder. Durante los primeros días tras su llegada a Petrogrado, Lenin estuvo relativamente aislado. Sus Tesis fueron recibidas con asombro y decepción por los «viejos bolcheviques». El editorial de *Pravda* consideraba que las tesis de Lenin carecían de base empírica y, por tanto, eran insatisfactorias. La respuesta de Lenin no se hizo esperar:

«Quien plantea así la cuestión, quien pregunta *ahora* si ‘está terminada o no la revolución democrática burguesa’, y *nada más*, se priva a sí mismo de la posibilidad de comprender la realidad, extraordinariamente compleja y, por lo menos, ‘bicolor’. [...] ¿Abarca esta realidad la fórmula de viejos bolcheviques del camarada Káme-

28.- «Discurso de resumen de la discusión del informe sobre el momento actual 24 de abril», OC, 31, p. 380.

29.- Nicos Poulantzas, *Political Power and Social Classes*, Londres, Verso, 1978, s. 97.

nev: ‘la revolución democrática burguesa, no ha terminado’? No, la fórmula ha envejecido. No sirve para nada. Está muerta».

Los que se consideraban expertos en las obras de Marx sostenían que Lenin había traicionado al marxismo. En una serie de *Cartas sobre táctica*, Lenin se defendió de las acusaciones de haber abandonado el marxismo. En la primera de ellas escribió: «El marxismo exige de nosotros el análisis más exacto, [...] de la correlación de las clases y peculiaridades concretas de cada momento histórico. ... [Un] marxista debe [...] no seguir aferrándose a la teoría de ayer».

Sin embargo, para algunos, la línea de Lenin era percibida como anarquista. Después de que Lenin leyera sus tesis en el Palacio de Táuride el 4 de abril, Josef Goldenberg, antiguo miembro del Comité Central bolchevique, lo comparó con Mijaíl Bakunin, a quien Marx despreciaba:

«Todo lo que acabamos de oír es un repudio completo de toda la doctrina socialdemócrata, de toda la teoría del marxismo científico. Acabamos de oír una declaración clara e inequívoca a favor del anarquismo. Su heraldo, el heredero de Bakunin, es Lenin. Lenin el marxista, Lenin el líder de nuestro combativo Partido Socialdemócrata, ya no existe. Ha nacido un nuevo Lenin, Lenin el anarquista».

Toda la dirección del partido menchevique estaba convencida de la teoría tradicional de la necesidad de una revolución burguesa que condujera al pleno desarrollo capitalista como etapa necesaria en el camino hacia el socialismo. La influencia del evolucionismo y el esencialismo mencheviques había calado profundamente en la dirección de los bolcheviques. Lenin se enfrentó a acusaciones de heterodoxia o «herejía» tanto por parte de los menchevi-

ques como de algunos de los bolcheviques. Según los mencheviques la burguesía debía ser la fuerza dirigente en la revolución democrática. Sin embargo, Lenin sostenía que el proceso podía ser dirigida por el proletariado y el campesinado. Respecto a este último, Lenin subrayó en sus *Cartas desde lejos* de marzo que se refería a los campesinos pobres. En una carta fechada el 12 de marzo, Lenin afirma que «es necesario que el poder del Estado no pertenezca a los terratenientes y a los capitalistas sino a los obreros y los campesinos más pobres»<sup>[30]</sup>. En su obra teórica fundamental, *El Estado y la revolución*, escrita en Finlandia entre dos coyunturas decisivas de 1917, afirma:

«La revolución podía ser «popular», es decir, arrastrar de verdad al movimiento a la mayoría, sólo en el caso de que abarcara tanto al proletariado como a los campesinos. Ambas clases formaban entonces el «pueblo». Ambas clases están unidas por el hecho de que «la máquina burocrática y militar del Estado» las oprime, esclaviza y explota. Destruir esta máquina, romperla: en eso radica el verdadero interés del ‘pueblo’, de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos».

Ya en su primera carta desde el exilio señala Lenin: «Esta masa *necesita* la paz, el pan, la libertad y la tierra». Se trata de reivindicaciones y necesidades específicas que, sin perder su propio significado concreto, pretenden lograr una alianza de obreros, campesinos pobres y soldados. De la «masa» se extrae y se establece un sujeto político. Así, esta consigna de «paz, pan, libertad y tierra» construye el sujeto revolucionario. La consigna es constitutiva de este sujeto que llama a la existencia y que es «el pueblo» entendido en el sentido señalado.

30.- «Cartas desde lejos», OC 31, p. 57.

Después de su llegada a Rusia su análisis de la coyuntura le lleva a proponer una forma de avanzar mediante la acumulación de poder al nivel local<sup>[31]</sup>. Durante unos meses, entre marzo y principios de julio 1917, Lenin cree que podría ser posible un desarrollo pacífico de la revolución. Aboga por un trabajo paciente para ganar la mayoría en los consejos obreros. Por lo tanto, retira temporalmente la consigna de convertir la guerra imperialista en guerra civil que había sido su línea desde el inicio de la guerra. En su folleto *El socialismo y la guerra* publicado en 1915 constató: «Todos los que desean verdaderamente una paz duradera y democrática deben manifestarse en pro de la guerra civil contra los gobiernos y contra la burguesía». Fue la aparición de una situación de dualidad de poder durante la primavera de 1917, una situación en la cual las armas estaban, en gran medida, bajo el control de los Consejos de obreros y soldados, lo que llevó a Lenin a cambiar la táctica bolchevique y la consigna de convertir la guerra imperialista en una guerra civil por un desarrollo pacífico de la revolución bajo la consigna «Todo el poder a los Soviets de Diputados Obreros y Soldados». En este contexto, sostuvo: «Nosotros renunciamos de momento a esta consigna, pero sólo de momento. Las armas están ahora en manos de los soldados y de los obreros y no en manos de los capitalistas. Mientras el Gobierno no rompa las hostilidades, predicamos pacíficamente».

Esta táctica cambió de nuevo con el análisis de la nueva coyuntura a partir de mediados de mayo, caracterizada por el establecimiento de una disciplina tradicional en Ejército y la ofensiva militar en el frente contra las fuerzas austrohúngaras y alemanas en junio que pronto fracasó<sup>[32]</sup>. A prin-

cipios de julio se produjo un intento fallido de sectores radicales de izquierda entre los obreros y soldados de Petrogrado de conseguir que el Soviet de Petrogrado tomara todo el poder. Aunque dudaba en ir contra este movimiento, Lenin se dio cuenta de que era el momento equivocado, un caso de *kakakairós*, para un levantamiento dada la falta de mayoría para la línea bolchevique en el Soviet y también que el resto del país no saldría en su apoyo. A la derrota de julio siguió un debilitamiento de la posición del Soviet y una dura represión contra los bolcheviques. Con la victoria temporal de la contrarrevolución y el fin de la dualidad de poderes, Lenin descubrió que la consigna «Todo el poder a los soviets» ya no correspondía a la nueva situación. Tal como Lenin lo veía, esta consigna habría significado propagar ilusiones de que aún era posible un desarrollo pacífico, a pesar de que el período de transición indefinido del poder estatal había cesado y el poder había pasado a las fuerzas de la contrarrevolución:

«Los Soviets actuales han fracasado, han sufrido una bancarota completa, por predominar en ellos los partidos eserista y menchevique. En la actualidad, esos Soviets son como carneros conducidos al matadero y que, puestos bajo la cuchilla de los matarifes, balan lastimeramente. Los Soviets son hoy desvalidos e impotentes frente a la contrarrevolución, que ha triunfado y triunfa. La consigna de entregar el poder a los Soviets podría ser comprendida como un ‘simple’ llamamiento a que se hagan cargo de él precisamente los Soviets que hoy existen; pero decir eso, invitar a eso, significaba ahora engañar al pueblo».

La consigna «Todo el poder a los soviets» había dejado de ser la correcta, y un desea-

31.- «Borrador de las tesis para la resolución sobre los soviets», OC, 31, pp. 403-404.

32.- Leopold H. Haimson, *Russia's Revolutionary Experience, 1905-1917*, Nueva York, Colombia University Press,

2005, pp. 48-57.

ble curso pacífico del desarrollo se había hecho imposible. Por lo tanto, después de la derrota durante las Jornadas de Julio, Lenin argumentó la importancia de abandonar la consigna «Todo el poder a los Soviets» considerando que «Cada consigna debe dimanar siempre del conjunto de peculiaridades de una determinada situación». Las consignas condensan el análisis de la coyuntura o identifican el momento dentro de la coyuntura y tienen una *fuerza performativa* que señala la tarea del momento y pueden contribuir a constituir el sujeto revolucionario.

El concepto de Lenin de la coyuntura incluye una problemática que está constituida por un modo específico de comprender la dictadura de clase, el Estado y las formas de gobierno. Estos conceptos están a su vez conectados con los de «poder» y «democracia». La palabra *demokratia* en ruso tiene sentidos tanto políticos como sociológicos. El término *demokraticeskii* se refería a obreros y campesinos. Para los bolcheviques una «dictadura democrática» significaba un gobierno de las clases populares. Por su parte, el concepto de «dualidad de poder» no se refiere simplemente a una situación revolucionaria en la que hay dos «poderes» opuestos. La dualidad de poderes significa que simultáneamente existen dos dictaduras de clase y dos tipos de Estado. Por lo tanto, la dualidad de poderes es una relación desigual que no puede durar. Esto es lo que Lenin quería decir con su interpretación de la consigna «Todo el poder a los soviets» como una táctica pacífica no armada. El fin del período de poder dual representó para él el fin de esta posibilidad que existía durante la coyuntura anterior. Sin embargo, hubo otro momento en el que Lenin creyó en la posibilidad de un desenlace pacífico del proceso revolucionario, a saber, después de que la intentona golpista del general Kornílov hubiera sido derrotada a finales de agosto. A principios de sep-

tiembre, Lenin ofreció un compromiso, según sus propias palabras:

«Es un compromiso, por nuestra parte, retornar a la reivindicación de antes de julio: todo el poder a los Soviets, formación de un Gobierno de eseristas y mencheviques responsable ante los Soviets. Ahora, sólo ahora, y quizás apenas durante *unos pocos días* o por una o dos semanas, un Gobierno de ese tipo podría formarse y afianzarse de un modo completamente pacífico. [...] Sólo en nombre de ese desarrollo pacífico de la revolución —posibilidad extraordinariamente rara en la historia y extraordinariamente valiosa, excepcionalmente insólita—, sólo en nombre de ella, pueden y deben, a mi parecer, aceptar tales compromisos los bolcheviques...».

Un nuevo punto de inflexión en el proceso revolucionario de 1917 se produjo cuando Lenin se vio obligado a reconocer que los mencheviques habían rechazado su propuesta y el compromiso se había hecho imposible. Entonces, elevó la consigna «Todo el poder a los soviets» del nivel táctico y la relacionó con el objetivo estratégico. Para Lenin el callejón sin salida de la dualidad de poderes sólo podía evitarse si los soviets tomaban el poder total, lo que liberaría su potencial. En octubre, sostuvo que una rebelión era ya la única forma de hacer realidad la consigna «Todo el poder a los soviets». En ese momento los bolcheviques ya habían ganado la mayoría, por encima de los mencheviques y los eseristas, en los consejos de obreros y soldados en Moscú y Petrogrado. Los éxitos bolcheviques en 1917 reflejaban el hecho de que eran una organización más democrática que sus competidores.<sup>[33]</sup> Su afiliación cre-

33.— Mike Haynes, «Liberals, Jacobins and grey Masses in 1917» en Mike Haynes and Jim Wolfreys (eds.) *History and Revolution*, Londres, Verso, 2007, p. 110.





Discurso de Lenin en Moscú el 5 de mayo de 1920 (Fotografía: Grigory Petrovich Goldstein, wikimedia Commons).

ció a lo largo del periodo, no existía la misma diferenciación social que era evidente en los otros partidos y no existía la misma diferenciación en las perspectivas políticas porque había un debate serio y animado sobre lo que estaba ocurriendo que importaba no sólo en un sentido intelectual sino también en un sentido político.

En septiembre la crisis y las condiciones para una insurrección había madurado. El momento de *eukairós* había llegado. Lenin se dirigía en una serie de mensajes al Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolcheviques) sin que éste llega a una decisión sobre la insurrección lo que provoca una amenaza de Lenin de renunciar para tener la libertad de agitar en las organizaciones de base del partido. El 8 de octubre afirmó que: «El éxito de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha». La línea divisoria entre revolución y evolución,

entre el análisis de la coyuntura concreta y la confianza en una transición gradual e ilusoria, difícilmente podría expresarse con mayor claridad.

El 10 de octubre, el Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (bolcheviques) adoptó una resolución, propuesta por Lenin, en la que se afirmaba que el levantamiento armado era inevitable. Lev Kámenev y Grigori Zinóviev votaron en contra de la resolución. ¿Qué explica la posición de Kámenev y Zinóviev? Tal vez fue el miedo, la vacilación de arriesgarlo todo a una carta. Ciertamente, pero también refleja una serena confianza en que, si uno esperaba y observaba el desarrollo histórico, la tendencia inherente del capitalismo y su impacto en la clase obrera darían a luz al socialismo del vientre del viejo orden social. Lenin no tenía esa confianza. Lenin no responde a Kámenev y Zinóviev diciendo que las leyes históricas están de su parte.

No da ninguna garantía, sino que insiste en que ha llegado el momento *eukairós*, la coyuntura en la que se debe actuar. Se debe aprovechar el momento favorable y estar dispuesto a correr el riesgo sin ninguna certeza absoluta sobre el resultado. En *Sobre nuestra revolución* publicado el año antes de su muerte Lenin recuerda las palabras de Napoleón: *On s'engage et puis ... on voit*, lo que, traducido libremente, quiere decir: «Primero se entabla el combate serio, y ya se verá lo que pasa». En la tarde del 24 de octubre de 1917, Lenin escribe una carta a los miembros del Comité Central:

«La situación es crítica en extremo. Está claro como la luz del día que, hoy, todo lo que sea aplazar la insurrección significa verdaderamente la muerte. Poniendo en ello todas mis fuerzas, quiero convencer a los camaradas de que hoy todo pende de un hilo, de que figuran en el orden del día problemas que no pueden resolverse por medio de conferencias ni de congresos [...] sino únicamente por los pueblos, por las masas, por medio de la lucha de las masas armadas. El embate burgués de los kornilovistas y la destitución de Verjovski demuestran que no se puede esperar. Es necesario, a todo trance, detener al Gobierno esta tarde, esta noche, desarmando previamente a los cadetes (después de vencerlos, si oponen resistencia), etc. ¡¡No se puede esperar!! ¡¡Nos exponemos a perderlo todo!!»

En 1917, Lenin respondió a los diferentes puntos de inflexión cambiando de táctica y de consigna. La estrecha relación entre su análisis de las cambiantes coyunturas y la consigna «Todo el poder a los soviets» significó que hubo periodos, momentos durante los seis meses de la revolución en que esta consigna no significaba un llamamiento a la revolución. Sin embargo, al menos desde mediados de septiembre esta consig-

na se convirtió para Lenin en sinónimo de llamamiento a la insurrección armada. Lenin argumenta que las características de la coyuntura hacían que el levantamiento estuviera maduro y fuera inevitable llevarlo a cabo sin demora: la situación internacional, principalmente el motín en la marina alemana, la situación militar con el riesgo de que Petrogrado fuera tomado por los alemanes, el cambio dentro de los Soviets donde los bolcheviques habían ganado la mayoría, las elecciones en Moscú que favorecieron a los bolcheviques, el levantamiento campesino y los preparativos mediante movimientos de tropas para un ataque contrarrevolucionario en Petrogrado.

### **El concepto de coyuntura en el discurso de Lenin**

¿Cuál fue la causa de la impaciencia de Lenin ante la vacilación de sus propios camaradas de partido para tomar el poder mediante una revolución? En primer lugar, creyó que éste era el corto período durante el cual una revolución era posible y necesaria para evitar la muerte de los obreros, campesinos y soldados revolucionarios. Todas las experiencias históricas de Rusia y Europa Occidental, tanto del siglo XIX como de principios del siglo XX, demostraron que la contrarrevolución estaba a punto de ser extremadamente sangrienta. En segundo lugar, Lenin comprendió que el modo de producción capitalista no es una totalidad con una tendencia necesaria que conducirá a la conciencia socialista de la clase obrera.

La teoría marxista ortodoxa de una polarización política económicamente determinada de dos clases no es aplicable; tanto las líneas políticas reformistas como las supuestamente «revolucionarias» que se basan en la noción de que las condiciones para una transformación serán creadas por

una división de clases tan simplificada son inaceptables. El concepto clásico de clases como categorías de agentes económicos que son impulsados a actuar por efecto de la estructura económica de la totalidad, y que se cristalizan en fuerzas políticas en torno a intereses que les son dados por esta estructura general, no puede sostenerse en un análisis concreto como el realizado por Lenin. Como hemos observado, esto le obliga a reconsiderar a fondo la estrategia.

El reto central para Lenin en el desarrollo de una estrategia política es construir un bloque de poder estratégico mediante una alianza con los campesinos empobrecidos. La presencia de consejos obreros y campesinos en Rusia durante el otoño de 1917 hace factible tal alianza. Las armas en manos de las milicias obreras y campesinas, así como la influencia de los bolcheviques en los consejos de soldados, hacen que el levantamiento no sólo fuera posible sino —según Lenin— también algo indispensable antes de que la contrarrevolución pudiera reunirse para asestarles un golpe devastador.

En sus consideraciones tácticas y estratégicas, destacó las peculiaridades concretas de una u otra condición política. El concepto de coyuntura de Lenin se refiere al «momento actual», a la situación presente, al objeto concreto de la práctica política. Pretendió así diferenciar y aislar fases particulares dentro de intrincados procesos que se dan en medio de una serie de contradicciones distintas. Estas fases no pueden simplificarse ni equipararse entre sí; se desarrollan de forma desigual y no siguen una progresión lineal y homogénea en la que los niveles económico y político se correspondan directamente entre sí.

Según esta perspectiva, la noción de un tiempo histórico homogéneo y la subsidaria interpretación continuista de las coyunturas (que supone un contexto unificado en el que todos los elementos se entienden co-

etáneos entre sí en relación inmediata unos con otros en un mismo «ahora») tienen consecuencias teóricas y políticas negativas. Esta percepción del tiempo es empirista y no plantea la cuestión decisiva de los tiempos específicos y relativamente desplazados que se aplican a las instituciones económicas y políticas. La complejidad de una coyuntura implica que no hay pautas dadas para siempre, sino que éstas deben reconsiderarse en cada momento actual. La noción abstracta y estereotipada de «la revolución burguesa» y «la revolución socialista» como una procesión de una secuencia predeterminada de etapas históricas derivadas de una perspectiva lineal teleológica es sustituida por Lenin por un análisis de la complejidad de la situación contemporánea. Lenin explota la temporalidad lineal desde dentro.

Si se abandona la noción de que la historia es un movimiento a través de determinadas fases, etapas o entidades sociales, entonces el concepto de coyuntura adquiere una importancia central. El concepto de coyuntura se refiere a la interacción y el entrelazamiento de un conjunto de procesos y condiciones que, dependiendo de la forma concreta en que se conecten, constituyen el punto de partida desde el cual pueden producirse cambios estructurales más o menos profundos. En las coyunturas, las estructuras sociales sufren modificaciones que abren la posibilidad de cambios en sus formas. Existe una coyuntura de transición de un poder estatal a otro cuando, como ocurrió en el otoño ruso de 1917, se dan las condiciones políticas e ideológicas para una crisis revolucionaria. Pero en ninguna etapa del largo período de transición hacia nuevas relaciones sociales que sigue a tal desarrollo revolucionario está predeterminado el resultado. El restablecimiento de las relaciones económicas, políticas e ideológicas anteriores, aunque en forma

modificada, es siempre una posibilidad en la historia real, como evidencia la situación actual en Rusia.

El pensamiento de Lenin tal como aparece en sus escritos, que son todas intervenciones en coyunturas específicas, ya sea que se refieran a las condiciones concretas dentro del partido socialdemócrata, a las posiciones respecto a la guerra y el pacifismo durante la Gran Guerra, o a cuándo una consigna es correcta y cuándo se ha vuelto incorrecta durante el proceso revolucionario de 1917. Su análisis siempre se refería al futuro de Rusia y del movimiento obrero internacional, no como la siguiente fase o etapa en el desarrollo teleológico y

evolutivo, sino como un problema o lucha a resolver, ciertamente en el marco de condiciones estructurales específicas, que se presentaban en medio de conflictos sociales concretos, a partir de los cuales adquirieron sentido la práctica política, los programas y las consignas. Como hemos visto, en 1917 Lenin hace un análisis concreto que tiene en cuenta una serie de aspectos del momento, de la situación actual, de la coyuntura. Su discurso asume el reto de abrir un espacio analítico en el que sea posible concebir el momento de la acción política a partir de la comprensión de la estructura diferencial de la coyuntura, del momento de la intervención y la acción política.